

Paisaje, memoria y olvido
(¿bien común o bien de consumo?)

Pablo Chiuminatto*
pchiuminatto@uc.cl

I.

La noción paisaje corre el peligro de ser un fundamento inadvertido de la discusión sobre el patrimonio. Por paisaje, por cierto, no entiendo una imagen fija de la Naturaleza, sino la mirada que se apropia culturalmente de su entorno. Sin embargo, que la mirada esté determinada por una subjetividad, no implica sumergirse exclusivamente en la esfera individual. Pensamos en patrimonio como objetos, símbolos y tradiciones establecidas por las comunidades, pero el paisaje se construye de forma compleja y le debe a la Naturaleza su condición de posibilidad (Debray, 1994). El paisaje está entremezclado en los diversos sistemas de significados comunes; describiendo a Chile, ya Nicanor Parra señaló en un verso terrible: “Creemos ser país y la verdad es que somos apenas paisaje”.

¿Por qué esa valoración peyorativa entre país y paisaje pareciera dar con la sensación exacta y compartida de un inalcanzable destino nacional precario? ¿Por qué esta percepción de ser una comunidad marcada por la mirada sobre el territorio, aparece como una versión menor de las dinámicas propias de una nación, del orgullo de una pertenencia a un país? Aunque no quisiera sumarme al juicio del poeta –entendiendo la ironía que establece– a veces no queda más que asumir su sentencia y justificar así muchos de los deseos que vislumbramos para Chile. Sin duda, aunque no la hayamos establecido por escrito, preexiste una política basada en las prácticas y, por tanto, una política cultural sobre

* Pablo Chiuminatto. Profesor asociado, Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile.

el patrimonio. Aunque, en el caso del paisaje, éste no ha logrado alcanzar el mismo estatus que el de las edificaciones humanas y su condición de “monumento histórico” (Debray, 1994). Sin desconocer por cierto la larga tradición de los parques nacionales y reservas naturales en Chile, no obstante asumámoslo, no consideramos la naturaleza como parte de la cultura. Solo quizás en la convergencia nominal en la palabra agricultura, dado el ministerio del cual dependen. Bienes y mercado, conceptos que manifiestan valoración y que marcan la pregunta por el paisaje en un contexto, donde se hace necesario volver sobre la convergencia de éste con nociones como la de geografía, hábitat o entorno. Apelando a términos que refieren al lugar, al espacio, a la toponimia, de la misma manera que al medioambiente (Berque, 1990).

Pero vamos por un momento a la raíz de la palabra paisaje, recorrido que requiere de su antecedente, país, pero en su sentido original: del latín *pagensis* (campo, territorio) de ahí *pagus*, el pago (el villorrio) y por extensión el gentilicio paisano (campesino); y aunque más distante, también, pueblo, patria, nación. Del que recibe un pago, campesino que trabaja la tierra. Por lo tanto, cuando nos convoca la duplicidad de la pregunta por el patrimonio como bien común o bien de mercado no hacemos más que volver a la raíz del término donde converge en su sentido amplio: lo cultural y lo económico. Ambos conceptos están cruzados por la noción de territorio, asimismo como por aquella de bien en sí, bajo el principio de valor, de aprecio y de precio. Volver sobre este aspecto que vincula la palabra paisaje al concepto económico en relación a la tierra y quienes la trabajan es quizás una necesidad previa a la tarea planteada en la pregunta que nos convoca. Esto, sobre todo, para evitar una respuesta excluyente frente a los términos de bien común y bien de mercado. Si es posible pensar en un bien de mercado, esto se debe a que puede ser también común, o, si pertenece a una comunidad o persona, estas comunidades o personas no pueden pensarse fuera de un sistema cultural mayor. Cuando digo cultural no sólo me refiero a las manifestaciones artísticas, sino también al otro principio fundamental comunitario que es precisamente el económico, y que no puede dejarse fuera de lo cultural. Lugares comunes, en ese otro sentido del epíteto.

Por lo tanto, integrar esta noción múltiple de paisaje a la categoría de patrimonio implica pensar la cultura desde relaciones humanas recíprocas y amplias. Por lo que, más que un concepto subjetivo particular (una mirada individual), a esta altura de la discusión global, urge entender la noción misma de paisaje y de país como una relación con un ecosistema social, territorial, económico y medioambiental. En particular, recuperar patrimonialmente la categoría de Naturaleza considero es, quizás, el mayor desafío de pensar el porvenir de la cultura. Los otros dos conceptos del título de esta presentación son fundamentales, memoria y olvido; porque no los imagino utilizados exclusivamente respecto de un tiempo pretérito común –como memoria y olvido de un pasado– sino, como conceptos para el porvenir. Es decir, memoria, para no perder la conciencia que debemos pensar en los que vienen, y, olvido, para comprender que sin asegurar las condiciones de relación medioambiental equilibrada que permiten que el paisaje se dé como un bien para todos, memoria y olvido debemos hoy asegurar que vivan en el horizonte cultural del porvenir de los otros, de los que vendrán.

Conservación del patrimonio deviene entonces, también, conservación del medio ambiente. Del mismo modo como la noción de economía surge de la palabra griega para nombrar el hogar, *oikos*, del que nace el prefijo eco-; raíz que encontramos también en la palabra ecología. Surge así una oportunidad conceptual y contextual a la que pienso debemos aspirar, superando la dificultad a la que alude Parra: la homologación subentendida de que la noción de país –así como la de economía de la de ecología– requiere de aquella de paisaje. Pero no como una falta, sino comprendiendo por qué nos hemos dado esos parámetros opuestos, en un sentido de geopolítica cultural. Este efecto desmedrado de paisaje está marcado por variables culturales ya instaladas, donde las referencias están asimiladas al punto de no manifestarse otros aspectos a los tradicionales que permiten describir, analizar, organizar, incluso, explotar el territorio sin conciencia de la Naturaleza y sus habitantes. Sin embargo, esto no asegura otras acciones fundamentales en esta relación con el entorno, como es ver, respetar, entender, escuchar y co-construir, en un medioambiente cultural plenamente inclusivo. Ya que, sin paisaje, no hay país.

II.

Pensar acerca del patrimonio, desde el sur del mundo, es describir –de algún modo– otro mundo. No se trata de imputar a una entelequia hegemónica superior, ni imaginar un complot de las categorías estéticas, artísticas, políticas o incluso económicas y ecológicas que rigen el contexto global, sino hacer patente el desfase, la deformación propia de las distancias mundiales a las que Chile se ha enfrentado y enfrenta hoy, a pesar de la hiperconectividad. Estamos ante diferencias de cosmos culturales que integran las líneas infinitas de la cartografía global de las migraciones conceptuales. Efectos de influencia poscolonial, lo llamarán algunos, otros de-colonial (Mignolo, 2007). Pero para efectos de esta presentación prefiero leerlos, como si se tratara del álbum familiar, como mapas referenciales que muestran los efectos de estos desfases y sus variables, en tiempos distintos e historias distantes. Asimismo como culturas diferentes marcadas por una trashumancia de gran escala temporal. En el caso de Chile, estas diferencias, se hacen evidentes por los mismos dos aspectos que mencionaba antes: conceptos y contextos. La pregunta desde la actualidad se profundiza. Quizás podríamos volver sobre el título que nos convoca, patrimonio bien común o bien de mercado. Como bien señala uno de los textos de la convocatoria a los Coloquios Patrimoniales del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes:

El patrimonio es el producto de un proceso de valoración, conservación y promoción de determinadas entidades materiales e inmateriales, que en otro momento poseían un valor diferente. Esas entidades patrimonializadas se transforman en un bien común para una comunidad, cuya identidad gira en torno a ellas. Sin embargo, en el contexto actual el patrimonio no solo se articula como un bien común para una comunidad, sino también como un nicho económico apto para ser explotado por el turismo y objetualizado por el mercado.” (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2016)

Ante esta perspectiva que describe una noción amplia de patrimonio y que grafica el foco de este diálogo al que aspiramos, creo que sería importante subrayar la coincidencia de términos de la descripción antes citada con aquellos empleados por los discursos propios de la ecología, como es la valoración y la conservación. Concurrencia a la que tenemos que sumar aquella referida a las situaciones históricas particulares de los países de América del Sur, tanto culturales como políticas. Porque es necesario asumir que no podemos exigir que los temas, los conceptos y las problemáticas se den en una misma temporalidad en distintas circunstancias. Es así como se entiende y explica que hayan sido necesarios tantos años para que el Estado de Chile se esté dando una nueva institucionalidad cultural, homologable a la de los países desarrollados.

Permítanme hacer una comparación cruzada entre estos conceptos y contextos que mencionaba antes y las diferencias que les pido que consideremos. Por ejemplo: ¿era posible que en Chile se diera una ampliación de las discusiones sobre temas patrimoniales de forma transversal a la sociedad, mientras no se daban otros derechos fundamentales? Es importante considerar que durante la dictadura militar en Chile (1973-1989), para los grupos opositores al régimen, prácticamente cualquier propuesta o acción que no estuviera dirigida directamente a la recuperación de la democracia, podía ser entendida como una forma distractora de colaboración con el poder. Carlos Aldunate Balestra en su libro, *El Factor Ecológico* (2001) reconoce en Chile los marcos tradicionales de las discusiones ecológicas locales, pero también aquellas internacionales, en tres grupos: conservacionistas, ambientalistas y ecologistas. No obstante, al mismo tiempo contextualiza estos ejes, a su vez, en tres grupos generacionales: los pioneros, entre los años 1963-1983; los doctrinarios 1984-1994; y los técnicos, desde 1995. Este último grupo aún en desarrollo en el momento de la publicación de su libro en 2001. Hace quince años ya. Propongo por lo tanto, un paralelo con estos procesos, pero en referencia con el patrimonio. Pensar en cómo se valoró y conservó en ejes similares, pero también preguntarnos bajo qué ejes: ¿conservacionistas, ambientalistas o ecologistas? Con este modelo combinado que planteo, entre patrimonio y medioambiente, entre conceptos ambientales y culturales, busco una forma que nos permita pensar los problemas patrimoniales más allá de la polaridad en la que todo es definido

como patrimonio (estático, monumental), o nada es patrimonio, es decir, todo es bien de mercado (objetivable, mercantilizable).

Por otra parte, no puedo excluir otro factor que da cuenta de un proceso similar al que estamos desarrollando en este encuentro, como son los diálogos impulsados durante este gobierno con las comunidades indígenas de Chile, para generar las bases de lo que será el Ministerio y los Consejos de los pueblos indígenas: Aymaras, Atacameños, Quechuas, Colla, Diaguitas, Rapa-Nui, Mapuches, Kawésqar y Yagán. Aspecto de máxima relevancia para la discusión sobre una política patrimonial, porque en ese reconocimiento radical de lo diverso, pienso, se puede apreciar con claridad cómo temas culturales no son posibles de ser pensados sin asumir el sustrato social, económico y medioambiental. Las distintas reivindicaciones son culturales y expresan no solo una relación con el Estado, con el país, sino también con lo que cada comunidad define como patrimonio. Aunque no necesariamente coincidan en su expresión política, económica, cultural o, incluso, geográfica.

Por lo anterior, es fundamental comprender la distancia implicada en las equivalencias terminológicas, para llegar a un acuerdo acerca de lo que está en diálogo cuando pensamos el patrimonio. A veces país sí equivale a paisaje, otras no. A veces no se pueden separar los conceptos de bien y bien común, sobre todo si consideramos la historia de la historia de Chile. Al mismo tiempo que es necesario considerar que somos parte de una nación donde existen grades asimetrías de percepción ante los derechos de las personas –a doscientos años de la fundación de la república– y en la que hay momentos en que hablar de cultura y patrimonio es francamente un lujo. Es decir, se percibe el patrimonio tan alejado de las necesidades de las comunidades, que se asemeja más a un bien de mercado que a un bien común. Incluso más, si asumimos esta coyuntura, surge la pregunta: ¿bajo qué criterios de justicia social o de multiculturalidad –postergados por décadas– se pueden profundizar criterios culturales cruzados por aspectos patrimoniales, geopolíticos y medioambientales básicos que quizás no estamos viendo hoy?

Creo que en ese cruce de caminos está la base a la que podríamos aspirar para recorrer como comunidad.

III.

La pregunta por Chile, ya sea como país o paisaje, no es fácil para los chilenos. Es compleja. Gabriela Mistral lo decía en la década del 30, proyectándolo a toda América Latina:

El hombre nuestro parece tan flotante, es una especie de alga que corre por encima, por la superficie de la nación. Muy rara vez yo me encuentro a esos americanos que dice el europeo, apoyados hasta el pecho en su geografía y en su historia (33) .

La dificultad de una apropiación del territorio y de los hechos que organizamos como una Historia común, con mayúscula, resultan delicados. Las palabras de Mistral dan cuenta del trance. La fundación de América Latina establece una vacilación en sus cimientos, expresada en la tensión entre cómo nos vemos y cómo nos ven. Una fuerza que está en la idea misma del “descubrimiento de América”. En el caso de Chile cualquier conato identitario corre el riesgo de ser leído y percibido como esencialista. Ya sea que tienda hacia un nacionalismo, tanto de izquierda, de centro o de derecha, asintomático o no. Ese núcleo mínimo identitario que Mistral echa de menos de los discursos europeos, pareciera haberse reducido al mínimo en los discursos locales. En el caso de la noción de paisaje, para muchos no es más que el telón de fondo en el que se ha desarrollado el teatro del mercado, con mayor o menor incidencia en lo comunitario. Y percibiendo la misma noción de paisaje casi como paisajismo, enajenado y placentero.

No es fácil hoy, cuando la noción de patrimonio nos parece algo completamente asumido por el discurso público, integrar localmente las exigencias no esencialistas que marcan los discursos culturales globales. La pregunta es cómo se da y se vive ese “no-esencialismo” cuando, al mismo tiempo, tenemos la percepción de nunca haber alcanzado una imagen consolidada de país, menos aún identidades fuertes, precisamente por la complejidad histórica que implica la diversidad en sí misma. Recordemos nuevamente a Nicanor Parra: “Creemos ser país y la verdad es que somos apenas paisaje”.

Por otra parte, la cita de Mistral que leí, para pensar lo cultural, y la cronología del surgimiento relativamente reciente de los movimientos ecológicos y ambientales en Chile, muestra aquella inhibición identitaria previa que expresa Mistral cuando remite a esa dificultad de pensarnos “apoyados hasta el pecho” en la geografía y en la historia. Por cierto, la noción de una consciencia ecológica exige instituciones previas como paisaje y país. De otro modo estamos pidiendo una identificación con la Naturaleza sin considerar la geografía, el territorio y las formas de vida que ella integra y permite, donde la cultura es quizás la principal zona de convergencia, luego del sustento. Otra coincidencia conceptual propicia, cuando hoy se suele hablar de sustentabilidad, se olvida su principio, el sustento.

Las nuevas circunstancias mundiales aportan otra condición que tensiona las dos variables propuestas inicialmente: conceptos y contextos. La mirada internacional identifica, clasifica, elige autores, obras, series, temas, ciclos. Tratando a como dé lugar que Chile sea el Chile que esperan. Quizás por eso el éxito internacional de algunas producciones artísticas nacionales que continúan en la línea de un tipo específico de memoria y un tipo particular de olvido. Desatendiendo, de alguna manera, otras vertientes, otros relatos, otro Chile. La mirada interna también ejerce su juicio, pero sus tiempos son distintos, más lentos. En el caso de los discursos es igual. Adriana Valdés reconoce la extrañeza conceptual, al escribir sobre el artista chileno Alfredo Jaar, premio nacional, diciendo: “Es curioso usar desde América Latina el término postcolonial” (2006). La ensayista se pregunta si acaso es dable esa condición post- o si no es acaso su condición fundacional. Pero es así, no es posible pensar una migración terminológica sin consecuencias. Los contextos marcan los conceptos, transformándolos.

La pregunta, entonces, es ¿cómo coinciden o se van diferenciando estos cosmos, conceptuales y contextuales del patrimonio? ¿Es posible una transitividad de estas variables sin distorsiones, tanto para la cultura como para el medioambiente? No cabe duda que hay asimetría o perspectivismo en mi reflexión. Raramente coinciden estos parámetros en lo local ante las urgencias y agendas globales. Por lo mismo es urgente el diálogo y la escucha, que no es lo mismo, y la revisión de las condiciones propias del patrimonio bajo un modelo amplio de ecosistema cultural.

IV.

Para finalizar, consecuentemente, me pregunto, ¿Es posible homologar las categorías internacionales de patrimonio con la forma en que se han dado en Chile? –No es fácil, cito al arquitecto Enrique Browne:

Que los europeos vean América Latina desde su propia óptica es natural. Lo que es extraño es que los latinoamericanos la hayan adoptado. Curiosa y antigua excentricidad” (1988).

Sin duda, una extravagancia que revela y oculta. Y en esta misma línea, décadas después, el cineasta chileno Raúl Ruiz, en una entrevista señaló, cito:

. . . Chile se va desdibujando cada vez más. El hecho de que sea el país de América Latina de mayor eficacia capitalista, implica que es el país más abstracto y, por lo tanto, el más inexistente, si cabe emplear ese término (2013).

Sus palabras se suman a la recopilación que presentamos, para problematizar un supuesto consenso respecto a la perspectiva que implica Chile, es decir, su imagen. Su imagen país, convertido en un paisaje abstracto.

Volvamos sobre la coyuntura descrita al inicio ¿Cuánta coherencia conceptual se le puede exigir a una realidad que hasta el año 90 del siglo XX vivía distorsionada por un contexto en el que los derechos básicos no estaban asegurados para los ciudadanos? Quizás la fugacidad de los problemas que van desde los derechos civiles a los ambientales sea un tema que se deja ver en las palabras del cineasta Raúl Ruiz. La esperanza de la vuelta a la democracia en 1989, suponía la restitución de la definición de la imagen diluida de país que anunciaba Mistral a comienzos del siglo XX. Luego de dos décadas de la recuperación de la democracia queda de manifiesto que la velocidad de penetración del modelo antropocéntrico (de valoración y explotación) ha sido intenso, salvo ciertas manifestaciones puntuales. En este sentido, es importante reconocer los logros recientes de grupos y movimientos medioambientales que han conseguido intervenir en la discusión

pública, tensionando los ejes tradicionales de izquierda y derecha política. A los que debemos sumar también aquellos patrimoniales donde se cuestiona de forma radical nociones monumentalistas, hegemónicas y centralistas de política cultural, como por ejemplo la reciente Asociación Chilena de Barrios y Zonas Patrimoniales.

Este largo recorrido propuesto, solo busca anteponer una reserva a la relación de las producciones culturales de una nación, bajo aquellas categorías reflejadas en el desfase temporal, conceptual y contextual que he esbozado. Si algo es claro en esta deformación cronológica, histórica y categorial, es que estamos ante objetos transhistóricos, que no permiten suponer una temporalidad uniforme para los conceptos y los contextos culturales y patrimoniales. Es más, podemos preguntarnos si acaso es posible trazar un mapa local que permita integrar estas variables, corrigiendo y completando así los desfases que sufre o sufrió cada contexto. Porque si hay memoria no hay olvido y si hay país hay paisaje, aunque no sea uno solo sino diverso, múltiple, variado geográfica e históricamente. Nos atrae la imagen de la isla, aislados, isleños, pero como una unidad o bloque identitario. Hacemos el paralelo paródico de ser “los ingleses de Latinoamérica”. Y no es así. Parafraseando a Parra, si es posible que seamos paisaje y no país, debemos comenzar por asumir lo que imagina el escritor Ignacio Balcells en su libro titulado *La Mar*, cito:

Las islas chilenas –Pascua, Juan Fernández, Aysén, Magallanes– absorben del agua que las aísla, una inestabilidad que las descoloca, que las deja fuera de nuestra imaginación territorial unitiva (¡ah, si Chile supiera que es un archipiélago!).

Con esta cita me gustaría concluir e invitarnos a pensar desde ese lugar fragmentado el porvenir de la memoria, el futuro del olvido.

V. Referencias bibliográficas

- Aldunate Balestra, Carlos. (2001) *El factor ecológico*. Santiago: LOM.
- Balcells, Ignacio. (2001) *La Mar*. Santiago, Andrés Bello.
- Berque, Augustin. (1990). *Médiance de milieux en paysage*. Montpellier: Reclus.
- Debray, R. (1994). *Vida y muerte de la imagen: historia de la mirada en Occidente*.
Barcelona: Paidós.
- Browne, Enrique.(1988) *Otra arquitectura en América Latina*. México: Gustavo Gili.
- Mignolo, Walter. (2007). “El pensamiento decolonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto”. En Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel. *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* .
Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Mistral, Gabriela. (2013) “Algunos rasgos de la geografía humana de Chile” en *Caminando se aprende: prosas inéditas*. Ed. Luis Vargas-Saavedra. Santiago: Lumen.
- Naranjo, René. (2013) “Una taberna llamada Chile” en *Ruiz: entrevistas escogidas, filmografía comentada*. Ed. Bruno Cuneo. Santiago: Universidad Diego Portales.
- Valdés, Adriana. (2006) “Notas de viaje, The centre cannot hold: la experiencia Documenta 11” en *Memorias Visuales arte contemporáneo en Chile*. Santiago: Metales Pesados.